

# MILITARIZACIÓN Y POLICIAMIENTO

## SU RELEVANCIA PARA LA POLICÍA DEL SIGLO XXI

**PETER B. KRASKA**  
EASTERN KENTUCKY UNIVERSITY

**MILITARIZATION AND POLICING—ITS RELEVANCE  
TO 21ST CENTURY POLICE**

PALABRAS CLAVES: militarización | policiamiento | tecnología  
KEYWORDS: militarization | policing | technology

Publicado originalmente en: *Policing: A Journal of Policy and Practice*, 1(4), 2007, 501-513  
Traducción: Nahuel Roldán [FCJyS, UNLP—LESyC, UNQ]

## RESUMEN

Este trabajo examina la difusa distinción entre las instituciones policiales y militares y entre la guerra y la aplicación de la ley. En este artículo, el autor afirma que la comprensión de este desdibujamiento, y los conceptos organizativos asociados de *militarización* y *militarismo*, son esenciales para analizar con precisión la naturaleza cambiante de la seguridad, y la actividad policial, en la era tardía del siglo XXI.

## ABSTRACT

This work examines the blurring distinctions between the police and military institutions and between war and law enforcement. In this article, the author asserts that understanding this blur, and the associated organizing concepts *militarization* and *militarism*, are essential for accurately analyzing the changing nature of security, and the activity of policing, in the late-modern era of the 21st century.

La sencillez es reconfortante. Las dicotomías básicas de la modernidad, como hecho/valor, privado/público y nacional/internacional, simplifican nuestro pensamiento y nos adormecen en la complacencia intelectual. Los académicos de la policía en Estados Unidos, con sólo unas pocas excepciones, se han sentido bastante cómodos con la dicotomía militar/policial. El ejército estadounidense se encarga de la seguridad exterior mediante la amenaza y la práctica de la guerra. La policía civil se encarga de la seguridad interna mediante la aplicación de las leyes federales y locales. La mayoría asume que el estudio de la policía y del ejército es una empresa mutuamente excluyente. Dar por sentada esta dicotomía es comprensible dado que la clara demarcación entre la policía y el ejército se ha considerado una característica preeminente del Estado-nación moderno (Giddens, 1985). El hecho de que un gobierno no delimite claramente ambos aspectos suele considerarse un indicador de represión y falta de democracia.

Mi investigación y mis escritos llevan desafiando esta dicotomía desde finales de la década de 1980. Su tesis central se ha mantenido firme, y puede considerarse en este momento de la historia como un punto obvio para los observadores agudos: hemos sido testigos de un cambio histórico poco notorio, pero no por ello menos trascendental: las distinciones tradicionales entre ejército/policía, guerra/aplicación de la ley y seguridad interna/externa se están difuminando rápidamente. A lo largo de los últimos 15 años, he investigado y rastreado la evolución de dos tendencias interrelacionadas que encarnan este desenfoque: la militarización de la policía y el control de la delincuencia en Estados Unidos, y la policialización del ejército estadounidense. Los indicadores empíricos de estas tendencias convergentes son los siguientes:

- la importante erosión de la Ley Posse Comitatus de 1878 por parte de Estados Unidos, que antes de principios de la década de 1980

prohibía la participación de los militares en asuntos de seguridad interna o policiales, salvo en las circunstancias más extremas, lo que ha llevado a un nivel sin precedentes de participación de las fuerzas armadas estadounidenses en asuntos de seguridad interna;

- el advenimiento de una relación de cooperación sin precedentes entre el ejército y la policía civil de Estados Unidos, tanto al más alto como al más bajo nivel de organización, que incluye transferencias de tecnología, transferencias masivas de armamento militar, intercambio de información entre el ejército y la policía orientada a la seguridad nacional, una estrecha relación operativa tanto en los esfuerzos de control de drogas como en los de control del terrorismo, y un alto nivel de formación cruzada en el ámbito de los equipos de armas y tácticas especiales (SWAT) y los ejercicios de lucha contra los disturbios civiles, la contrainsurgencia y el antiterrorismo;
- el fuerte crecimiento y la normalización de las unidades de operaciones especiales de la policía (por ejemplo, los equipos SWAT) que *siguen el modelo* de los grupos de operaciones especiales militares de élite (no son idénticos);
- una tendencia creciente por parte de la policía y otros segmentos del sistema de justicia penal a basarse en el modelo militar/guerra para formular la lógica y las operaciones de control de la delincuencia/droga/terrorismo; y
- una redefinición de la criminalidad a "insurgencia", y el control del crimen a "conflicto de baja intensidad", lo que requiere medidas de contrainsurgencia llevadas a cabo tanto por el ejército de los Estados Unidos como por la policía civil.

Este artículo sostiene que la comprensión de este desenfoque, y los conceptos organizativos asociados de *militarización* y *militarismo*, son

esenciales para analizar con precisión la naturaleza cambiante de la seguridad, y la actividad policial, en la era tardía del siglo XXI. Los líderes policiales, en particular, tendrán que ser cada vez más conscientes y cautelosos de las implicaciones y consecuencias potenciales de esta convergencia, y de las fuerzas sociales del militarismo y la militarización que la acompañan. El objetivo de este artículo, pues, es exponer y sensibilizar al lector sobre lo que podríamos llamar una orientación teórica marcial. La idea aquí es emplear esta orientación como una especie de lente conceptual, o constructo interpretativo, que cuando se mira a través de él, nos ayudará a evaluar y dar sentido con precisión a las tendencias actuales de la institución policial, la actividad de la policía, el control del crimen y la guerra.

### **LA LENTE CONCEPTUAL DEL MILITARISMO/MILITARIZACIÓN APLICADA A LA POLICÍA**

Los conceptos en los que he centrado el grueso de mi trabajo son “militarización” y “militarismo”. A pesar de que estos términos tienen un matiz peyorativo para algunos, la mayoría de las veces se utilizan en el ámbito académico como conceptos organizativos rigurosos que nos ayudan a pensar con mayor claridad en la influencia que la guerra y el modelo militar tienen en diferentes aspectos de la sociedad.

Evaluar si un cuerpo de policía civil, por ejemplo, se está “militarizando” no debe considerarse como una búsqueda antipolicial o antimilitar. Evaluar la militarización de la policía es una tarea creíble e importante, y puede llevarse a cabo mediante pruebas empíricas y estudios rigurosos. Por supuesto, la integridad de este esfuerzo depende de la claridad de nuestros conceptos.

El *militarismo*, en su sentido más básico, es una ideología centrada en los mejores medios para resolver los problemas. Es un conjunto de creencias, valores y supuestos que hacen hincapié en el uso de la fuerza

y la amenaza de la violencia como el medio más apropiado y eficaz para resolver los problemas. Hace hincapié en el ejercicio del poder militar, el equipamiento, la organización, las operaciones y la tecnología como sus principales herramientas para la resolución de problemas. La *militarización* es la aplicación de la ideología, el militarismo. Es el proceso de armar, organizar, planificar, entrenar, amenazar y, a veces, ejecutar un conflicto violento. Militarizar significa adoptar y aplicar los elementos centrales del modelo militar a una organización o situación particular.

La militarización de la policía, por lo tanto, es simplemente el proceso por el cual la policía civil se inspira cada vez más en los principios del militarismo y del modelo militar, y se ajusta a ellos. Como se ve en la figura 1, cuatro dimensiones del modelo militar nos proporcionan indicadores tangibles de la militarización policial:

- Material—armamento marcial, equipo y tecnología avanzada;
- Cultural—lenguaje marcial, estilo (apariencia), creencias y valores;
- Organizativos—acuerdos marciales como los centros de “mando y control” [por ejemplo, (COMPSTAT)], o escuadrones de oficiales de élite inspirados en las operaciones especiales militares que patrullan las zonas de alta criminalidad (en contraposición al tradicional oficial de guardia);
- Operativo: patrones de actividad modelados según los militares, como en las áreas de inteligencia, supervisión, manejo de situaciones de alto riesgo o calentamiento/restauración (por ejemplo, *weed and seed*).

Debería ser obvio que la policía, desde su creación, ha estado hasta cierto punto “militarizada”. Al fin y al cabo, el fundamento del poder militar y policial es el mismo: la capacidad sancionada por el Estado de utilizar la fuerza física para lograr sus respectivos objetivos (seguridad externa e interna) (analizado con más detalle en Kraska, 1994). Por lo

tanto, la verdadera preocupación a la hora de discernir la militarización de la policía es una cuestión de grado o, dicho de otro modo, el grado de militarización de un cuerpo policial civil.

La militarización de la policía, en todos los países y en cualquier momento de la historia, debe concebirse como el grado o la extensión de la militarización. Cualquier afirmación de que la policía está o no militarizada es simplemente errónea. Se trata de un matiz que los analistas policiales pasan fácilmente por alto y reaccionan a la defensiva al utilizar estos conceptos organizativos (Kraska, 1999). Argumentan que, dado que un escuadrón paramilitar de la policía, como el equipo SWAT de Estados Unidos, conserva atributos clave de la policía civil—por ejemplo, no se le permite matar indiscriminadamente—los conceptos de “militarización” o “militarismo” no son aplicables. Esto fomenta una lente conceptual unidimensional que considera que la policía está o no militarizada. La cuestión aquí es que cualquier análisis de la militarización entre la policía civil tiene que centrarse en el lugar que ocupa la policía civil en el continuo—cultural, organizativo, operativo y material—y en qué dirección se dirige actualmente (Kraska, 1999).

Merece la pena señalar que, más allá de la policía, el militarismo y la militarización pueden funcionar como potentes lentes teóricas para dar sentido a muchas cuestiones y tendencias de la sociedad, especialmente en aquellas sociedades que, como Estados Unidos, dan importancia a la superioridad militar. De hecho, muchos analistas consideran que son influencias dominantes en la política exterior y, cada vez más, en las políticas internas cuando se trata de cuestiones de seguridad.

Por ejemplo, el gobierno de los Estados Unidos ha redefinido rápidamente lo que constituye una amenaza para la seguridad nacional dirigiendo su mirada hacia el interior, con lo que ha militarizado en gran

medida sus esfuerzos de seguridad interna (lo que se conoce como el “síndrome de la seguridad nacional”) (Sherry, 1985; Klare, 1980). Estudiosos como Tonry (2004); Christie (2000) y Ericson y Carriere (1994) han puesto de manifiesto el papel que la retórica marcial tiene en este proceso, centrándose específicamente en la militarización de las iniciativas de control de la delincuencia en Estados Unidos (y cada vez más en otros países también). Metáforas como la guerra contra las drogas, la delincuencia y el terrorismo desempeñan un poderoso papel en la construcción de la realidad: dan forma a las prácticas discursivas, aclaran los valores y la comprensión, y guían los procesos de resolución de problemas. Enmarcar los problemas de la delincuencia, el terrorismo y las drogas utilizando un lenguaje militarista, producirá probablemente pensamientos y acciones que se correspondan con el paradigma bélico/militar (Kraska, 2001).

Otra idea útil procede del pensamiento de Dwight D. Eisenhower (general retirado del ejército de Estados Unidos y ex presidente de ese país) sobre la creciente influencia del paradigma militar. Dedicó su discurso de despedida a advertir contra la creciente influencia del militarismo en la sociedad estadounidense. Acuñó la frase “complejo militar-industrial” (M.I.C.) en un intento de concientizar a la opinión pública sobre la indebida influencia de la militarización en la sociedad estadounidense. En su opinión, la militarización contemporánea no beneficia al bien público, sino a los políticos, los burócratas y las corporaciones; una acusación que se oye a menudo hoy en día por parte de quienes critican la guerra dirigida por Estados Unidos contra Irak. Del mismo modo, varios académicos han argumentado que la empresa de control de la delincuencia funciona como un complejo industrial análogo—completado con presiones políticas, gubernamentales y de crecimiento privado (Christie, 2000; otros se encuentran en Kraska, 2004). Este ensayo plantea la clara posibilidad de

que seamos testigos de un creciente solapamiento entre los complejos militar y complejos de justicia penal.

## **DETALLAR EL DESEÑO POLICIAL Y MILITAR**

Una gran cantidad de literatura documenta hasta qué punto los organismos policiales estadounidenses se han basado recientemente en el modelo militar para diversas funciones (Kraska, 2001; Maguire y King, 2004). Una literatura menos desarrollada ha intentado ampliar esta tesis a nivel internacional (Lutterbeck, 2004; McCulloch, 2004). Asimismo, tanto los académicos como los principales analistas militares reconocen el creciente papel y la función de las fuerzas armadas de Estados Unidos en el cumplimiento de la ley (Dunlap, 2001; Haggerty y Ericson, 2001; Dunn, 2001; Kraska, 2001; Zimmerman, 2005). Por lo tanto, lo que sigue es una breve revisión de algunos de estos trabajos y de su pensamiento.

### ***La militarización de la policía estadounidense***

Comencé a indagar en el rol contemporáneo que el modelo militar tiene en la policía de los Estados Unidos cuando realicé una etnografía de dos años de duración sobre los equipos SWAT multijurisdiccionales (Kraska, 1996). Al pasar cientos de horas de formación y participar en despliegues reales, aprendí mucho sobre las unidades paramilitares de la policía (UPP) sobre el terreno, y especialmente sobre la cultura paramilitar de la policía. Primero me enteré de que las UPP derivan en gran medida su apariencia, tácticas, operaciones, armamento y cultura de las unidades militares de operaciones especiales (por ejemplo, los Navy Seals). Es importante reiterar que las UPP sólo siguen de cerca el modelo de estos equipos; evidentemente, también hay diferencias clave

entre una UPP y una unidad militar de operaciones especiales; por eso se las denomina policía *paramilitar*.

Con BDU, armamento pesado, entrenamiento en el rescate de rehenes, entradas dinámicas en edificios fortificados y algunas de las últimas tecnologías militares, quedó claro que estos escuadrones de oficiales están significativamente más avanzados en el continuo de la militarización—culturalmente, organizacionalmente, operativamente y materialmente—que el tradicional policía solitario o el oficial de patrulla callejera.

También aprendí que la cultura paramilitar asociada a los equipos SWAT es muy atractiva para un *cierto segmento* de la policía civil (ciertamente no toda la policía civil). Al igual que los soldados de operaciones especiales en el ejército, los miembros de estas unidades se veían a sí mismos como la policía de élite implicada en la lucha real contra el crimen y el peligro. Una gran red de proveedores de entrenamiento, armas y equipos con fines de lucro promueve intensamente la cultura paramilitar en las ferias policiales, en los anuncios de las revistas policiales y en los programas de entrenamiento patrocinados por fabricantes de armas como Smith and Wesson y Heckler and Koch. La cultura de las “operaciones especiales militares”—caracterizada por un atuendo distintivo de guerrero tecnológico, armamento pesado, tecnología sofisticada, hipermasculinidad y función peligrosa—era cuanto menos seductora para sus participantes.

Lo más importante es que aprendí que mi experiencia a nivel micro podría ser indicativa de un fenómeno mucho mayor. Decidí comprobar empíricamente mis observaciones sobre el terreno realizando dos encuestas a nivel nacional con financiación independiente. Estas encuestas realizadas en organismos policiales grandes y pequeños arrojaron datos definitivos que documentan la militarización de un componente importante de la policía estadounidense (Kraska y

Kappeler, 1997; Kraska y Cubellis, 1997). Esta militarización se evidenció en un precipitado aumento y generalización de las UPP. A finales de la década de 1990, cerca del 89% de los departamentos de policía de Estados Unidos que prestaban servicio a poblaciones de 50.000 personas o más tenía una UPP, casi el doble de lo que existía a mediados de la década de 1980. Su crecimiento en las jurisdicciones más pequeñas (agencias que dan servicio a entre 25 y 50.000 personas) fue aún más pronunciado. En la actualidad, cerca del 80% de las agencias de ciudades pequeñas tienen una UPP; a mediados de la década de 1980, sólo el 20% las tenía.

Aunque la formación de equipos es un importante indicador de crecimiento, estas tendencias significarían poco si estos equipos estuvieran relativamente inactivos. Esto no fue así. El número total de despliegues policiales paramilitares, o de llamadas de emergencia, ha aumentado en más de un 1.400% entre 1980 y 2000. Hoy en día, se estima que se realizan 45.000 despliegues de equipos SWAT al año entre los departamentos encuestados; a principios de la década de 1980 había una media de unos 3.000 (Kraska, 2001). La línea de tendencia demostró que este crecimiento comenzó durante la guerra contra las drogas de finales de los 80 y principios de los 90.

Estas cifras significarían poco si este aumento de equipos y despliegues se debiera a un incremento de la función tradicional y *esencial* de las UPP: el despliegue reactivo de especialistas de alto riesgo para eventos especialmente peligrosos ya en curso, como situaciones de rehenes, francotiradores o terroristas. En cambio, más del 80% de estos despliegues fueron para redadas proactivas contra la droga, concretamente entradas dinámicas de tipo "no-knock" y "quickknock" en residencias privadas, en busca de contrabando (drogas, armas y dinero). Este patrón de los equipos SWAT, que se dedican principalmente a las redadas de drogas por sorpresa, es válido tanto

para las comunidades más grandes como para las más pequeñas. Las UPP habían pasado de ser un componente periférico y estrictamente reactivo de los departamentos de policía a una fuerza proactiva que participaba activamente en la lucha contra la droga.

Como prueba adicional, un porcentaje sorprendentemente alto de organismos policiales también desplegaron sus equipos para realizar labores rutinarias de patrullaje en los “puntos calientes” de la delincuencia; un fuerte indicador de la normalización de las UPP. De hecho, varios departamentos de policía de Estados Unidos están comprando actualmente, a través de la financiación de la seguridad nacional, vehículos militares blindados de transporte de personal (APC), algunos de los cuales se están utilizando para un trabajo de patrulla agresivo y proactivo. El departamento de policía de Pittsburg, por ejemplo, compró un APC de 250.000 dólares con el dinero de la subvención de seguridad nacional (Deitch, 2007). Se está utilizando para llevar a cabo “barridos de calles” en barrios de alta criminalidad. Los efectivos implicados son agentes del SWAT equipados con vestimenta y armamento policial paramilitar completo.

### ***Allanamientos de los SWAT de tipo “no-knock” o “quick-knock”***

¿Qué es exactamente una redada de *no-knock* o de *quick-knock*? En esencia, constituyen una redada proactiva de drogas. El objetivo de estas redadas es generalmente recoger pruebas (normalmente, drogas, armas y/o dinero) del interior de una residencia privada. Esto significa que son esencialmente una forma cruda de investigación de drogas.

Una “entrada dinámica” por sorpresa en una residencia privada crea condiciones que colocan a los ciudadanos y a la policía en una posición extremadamente volátil que requiere medidas extraordinarias. Estos incluyen la realización de registros a menudo durante las horas previas al amanecer, normalmente con BDU militares negros, capuchas y cascos

militares; una entrada rápida en la residencia utilizando arietes especializados o explosivos de entrada; el uso ocasional de granadas flash-bang diseñadas para desorientar temporalmente a los ocupantes; un frenético registro habitación por habitación de toda la residencia en el que se espera que todos los ocupantes accedan inmediatamente a las peticiones urgentes de los agentes de que se pongan en posición boca abajo; y esposar a todos los ocupantes. Si un ciudadano no obedece inmediatamente, se toman medidas más extremas—estas situaciones pueden implicar armamento no letal y letal. Finalmente, la policía registra agresivamente toda la residencia en busca de drogas.

Recibo al menos dos llamadas telefónicas a la semana de periodistas, abogados o departamentos de policía que informan de una nueva redada fallida, generalmente en la que un ciudadano ha sido asesinado en circunstancias muy cuestionables. He registrado más de 275 casos de allanamientos SWAT gravemente equivocadas en residencias privadas. Las redadas fallidas de la UPP suelen ser devastadoras para las comunidades y los departamentos de policía implicados, lo que a veces da lugar a la disolución de los equipos SWAT, a la aprobación de leyes que prohíben o restringen los despliegues de *no-knock* y a costosos juicios (Balko, 2006).

Mientras escribía este artículo, recibí una llamada relacionada con un soldado boina verde del ejército de los Estados Unidos—que sufría un trastorno de estrés postraumático y estaba abatido porque acababa de enterarse de que lo iban a destinar a Irak por tercera vez—que había sido asesinado por un equipo SWAT en circunstancias muy dudosas. La investigación del fiscal general del estado sobre esta redada errónea concluyó: “La táctica adoptada por el EST [equipo SWAT] de la Policía del Estado de Maryland puede considerarse como de naturaleza progresivamente agresiva y militarista (...). Esta oficina no es ajena a las crecientes críticas en toda nuestra nación por el uso de unidades

paramilitares que emplean tácticas excesivamente agresivas contra nuestra población civil. Como Fiscal del Estado, no se me ocurre ninguna amenaza mayor para las buenas relaciones existentes en nuestra comunidad en lo que se refiere a las relaciones entre la policía y los ciudadanos que presenciar el uso desenfrenado de tácticas excesivamente agresivas por parte de una unidad policial paramilitar sin rostro y en la sombra (...)” (Fritz, 2007: 12, 15).

Hace tan sólo 20 años, los registros de investigación forzados en residencias privadas, utilizando el modelo de operaciones especiales militares empleado durante los rescates de rehenes, eran casi inauditos y se habrían considerado una táctica policial extrema e inaceptable. Es fundamental reconocer que no se trata de situaciones de reacción forzada que requieran el uso de especialistas en el uso de la fuerza, sino que son el resultado de que los departamentos de policía *decidan* utilizar una táctica extrema y altamente peligrosa, no para terroristas o tomadores de rehenes, sino para poseedores y traficantes de drogas de poca monta. El intento de controlar el problema de la delincuencia mediante la realización de decenas de miles de redadas de estilo paramilitar en residencias privadas es una prueba fehaciente de que la policía de Estados Unidos, y la “guerra contra la delincuencia” en general, han descendido considerablemente en el continuo de la militarización.

Por supuesto, una respuesta militarizada es a veces necesaria e incluso inevitable si se hace en defensa propia o para proteger vidas en peligro inminente. La situación de crisis en el Instituto Columbine es un sólido ejemplo de la necesidad de tener una respuesta profesional y paramilitarizada a una crisis preexistente. Sin embargo, el grueso de la actividad de los SWAT estadounidenses (redadas de tipo *no-knock/quick-knock* y patrullas agresivas) constituye un enfoque

proactivo. Numerosos departamentos están optando, por presiones políticas, por generar por iniciativa propia eventos de alto riesgo.

Por lo tanto, una crítica central a esta tendencia no se centra en la tradicional y vital función reactiva de los SWAT. En cambio, se concentra en la forma inadecuada en que su función se ha puesto de cabeza, normalizándose en una serie de funciones policiales proactivas y generales, como las redadas de drogas. Este es un claro ejemplo de la potencialidad de la aplicación errónea del modelo militar en el policiamiento civil.

### ***¿Policía militarizada frente a policía comunitaria?***

Curiosamente, el auge y la normalización de las UPP se produjo simultáneamente con la “revolución” de la policía de proximidad. Estas dos tendencias—una que representa la militarización y la otra la democratización—parecen contradecirse. Una explicación obvia de esta incongruencia podría ser que la militarización floreció como un fenómeno entre bastidores, operando como una forma de resistencia, o un correctivo, a las inmensas presiones políticas ejercidas sobre la policía estadounidense para que adoptara las reformas del policiamiento comunitario (PC). Este punto de vista sería coherente con las teorías de la justicia penal presentadas por académicos como Garland (2001) y O’Malley (1999). Afirman que en nuestra era tardía de disminución de la soberanía del Estado y de ideologías en conflicto, podemos esperar ver este tipo de incongruencias e incoherencias en las justificaciones y políticas policiales. La paradoja de la militarización/democratización es un signo del Estado tardomoderno que intenta recuperar su legitimidad y su poder de forma confusa e incoherente.

Aunque es plausible, esta explicación no se sostiene ante las pruebas de la investigación sobre el terreno (DeMichelle y Kraska, 2001). La

investigación de encuestas y las entrevistas en profundidad con administradores de la policía de Estados Unidos revelaron poca incoherencia entre el rol y la función crecientes de los equipos SWAT y los esfuerzos de reforma del PC. Cuando se le preguntó por la relación, el siguiente comentario de un comandante del SWAT fue típico: "Realizamos muchas patrullas de saturación. Hacemos detenciones de personas y entrevistas de campo agresivas. Estas tácticas tienen éxito siempre que se mantenga la presión sin descanso. La clave de nuestro éxito es que somos un equipo de élite de lucha contra la delincuencia que no se ve envuelto en la burocracia habitual. Nos centramos en los problemas de calidad de vida, como el aparcamiento ilegal, la música alta, los vagabundos, los problemas. Tenemos la libertad de permanecer en una zona conflictiva y limpiarla, sobre todo en lo que respecta a las pandillas. Nuestro equipo táctico funciona muy bien con el énfasis de nuestro departamento en el policiamiento de proximidad".

Otra cita de un jefe de policía de un departamento autoproclamado de PC repetía como un loro la misión estratégica del programa federal de PC estadounidense conocido como "Weed and Seed": "Las únicas personas que van a ser capaces de hacer frente a estos problemas (drogas, armas, pandillas y desorden comunitario) son los equipos tácticos altamente capacitados con el equipo adecuado para ir a un barrio y despejar el barrio y mantenerlo; permitiendo que el policiamiento comunitario y los oficiales de policía orientados a los problemas lleguen y comiencen a cambiar el barrio".

Para que estos comentarios tengan sentido, debemos recordar que dentro de este movimiento de reforma se evidenciaron dos vertientes rivales del PC. Reformistas policiales como Louis Radelet y Robert Trojanowicz promovieron la primera vertiente. En ella se hacía hincapié en el empoderamiento de la comunidad, en el cultivo de relaciones constructivas con los grupos minoritarios privados de derechos y en el

establecimiento de asociaciones entre el público y la policía. En esta vertiente del PC, el objetivo final era que la comunidad vigilara sus propias comunidades.

La segunda vertiente fue promovida por James Q. Wilson y George Kelling. Se centró en la creación de un clima de orden en la comunidad mediante una labor policial muy proactiva. La policía debía vigilar agresivamente los barrios de los que se sentían dueños y orgullosos, eliminando los signos de desorden (ventanas rotas), que contribuían a romper los controles de la comunidad. Esta vertiente del PC se ha transformado en muchos casos en un modelo policial de tolerancia cero, en el que la policía aplica estrictamente todas las infracciones de la ley y el orden utilizando una serie de tácticas agresivas, como barridos callejeros, aplicación proactiva no sólo de la ley sino del orden comunitario, y una proliferación de redadas de drogas en residencias privadas.

Los administradores de la policía que utilizan los equipos SWAT para patrullar agresivamente los puntos conflictivos y llevar a cabo redadas de investigación en materia de drogas lo consideran totalmente coherente con la visión de Wilson y Kelling. Estos organismos policiales están integrando un enfoque de modelo militar—ocupar, reprimir mediante la fuerza y restaurar el territorio afectado—con la ideología de la segunda vertiente del PC, que hace hincapié en la recuperación del barrio, la creación de un clima de orden y la aplicación agresiva de infracciones menores de la ley y el orden; todo ello en un esfuerzo por cultivar comunidades más saludables. En consonancia con la cita del jefe de policía anterior, las unidades y tácticas policiales militarizadas se encargan de “escardar” [*weed*], dando así la oportunidad a otros programas de “sembrar” [*seed*] la comunidad (esto, por supuesto, es similar a la táctica adoptada por los militares estadounidenses en el conflicto de Irak).

La visión de estos desarrollos a través de las lentes del militarismo y la militarización demuestra que, a pesar de los esfuerzos por acabar con el enfoque militar-profesional de mediados del siglo pasado, el espectro del modelo militar sigue rondando el mundo real del policiamiento contemporáneo. El militarismo es, obviamente, una presencia duradera y flexible que puede adaptarse a los cambios de las fuerzas externas. También hay que destacar la notable capacidad de los profesionales de la policía para maniobrar entre las tensiones y presiones de las influencias externas. No es raro que tengan que amalgamar mensajes aparentemente contradictorios para que su pensamiento y práctica en el mundo real muestren un nivel de coherencia y armonía que tenga sentido para ellos.

### ***La poli(cia)tización del ejército estadounidense***

Que el ejército de Estados Unidos está operando actualmente más como una fuerza policial que como una militar debería ser obvio para quienes están familiarizados con los conflictos posteriores a la invasión de Irak y Afganistán. El grueso de su trabajo de seguridad consiste en operaciones rutinarias de patrullaje, registros domiciliarios (incluidas las redadas de drogas *no-knock*) y la detención de infractores de la ley. Sus "reglas de enfrentamiento" (políticas de uso de la fuerza) son más parecidas al trabajo policial que a la guerra. Se han planteado serias dudas sobre hasta qué punto los soldados entrenados para la guerra tradicional son capaces de imponer eficazmente la paz nacional en un país extranjero. Tal y como preveían muchos analistas de seguridad (y algunos defendían a ultranza), la línea que separa los esfuerzos bélicos de los policiales se ha difuminado considerablemente. Al llevar a cabo las operaciones conocidas en los círculos militares como "conflicto de baja intensidad", las distinciones entre policías y militares significan poco.

Lo que es menos conocido es la larga historia—que precede al acontecimiento terrorista del 11-S—de la misión del ejército estadounidense de introducirse en funciones tradicionalmente consideradas como competencia de la policía (Dunlap, 2001). En otro lugar he documentado la historia de la gran implicación del ejército de Estados Unidos, tanto en el extranjero como en el país, en los esfuerzos de control de drogas a partir de mediados y finales de la década de 1980 (Kraska, 1993). Se trataba de un cambio sin precedentes en el papel y la función de las fuerzas armadas de Estados Unidos, un intento de hacer que los militares fueran más “útiles socialmente” al participar en los esfuerzos de control de drogas. Los oficiales militares se resistieron inicialmente a este cambio hasta que quedó claro que la era posterior a la Guerra Fría ofrecería pocas justificaciones para seguir con la financiación.

Así pues, el 11 de septiembre de 2001, el escenario estaba completamente preparado para una rápida aceleración del desenfoque militar-policial. La incorporación de las fuerzas armadas de Estados Unidos a las funciones policiales supuso niveles totalmente nuevos de cooperación y colaboración entre la policía civil y las fuerzas armadas, y las fuerzas armadas se han convertido en un actor central en una serie de iniciativas de seguridad nacional y de guerra contra el terrorismo. Sin apenas objeciones ni discusiones, el Congreso de los Estados Unidos aprobó la legislación que establecía a los militares como elemento central de la seguridad nacional conocida como Northcom. Su función más controvertida, además de establecer estrechos vínculos operativos y de formación con la policía civil, es un programa de vigilancia e información que actualmente es la mayor iniciativa federal de vigilancia doméstica fuera de la Oficina Federal de Investigación (Pincus, 2005).

## **CONCLUSIÓN: TENDENCIAS MARCIALES Y CUESTIONES**

El propósito de este artículo es utilizar los conceptos de militarismo y militarización para iluminar y dar un sentido teórico más preciso a algunas tendencias inquietantes de la policía y la vigilancia contemporáneas. Antes de concluir con algunas observaciones finales, quiero conceder por adelantado que no se han discutido las virtudes positivas que el modelo militar aporta a la mesa de trabajo policial. Como he escrito en otro lugar: “El debate sobre la policía paramilitar en la literatura británica ilustra claramente que las preocupaciones normativas desempeñan un papel central en la evaluación de su conveniencia (Jefferson, 1990; Reiner, 1992). Este asunto tiene que ver con las creencias, los valores y la moral más sentidas. Para muchas personas, incluso entre los académicos, el modelo militar representa la restricción, la disciplina, el honor, el control, la competencia y un tipo de patriotismo. Para otros, representa la tiranía, la violencia del Estado, los abusos de los derechos humanos, la guerra y una ideología que considera que los problemas sociales se resuelven mejor mediante la fuerza del Estado” (Kraska y Cubellis, 1997: 627).

Téngase en cuenta que mi análisis deja espacio para el modelo militar en la policía (por ejemplo, la función reactiva original y esencial de los equipos SWAT). Esto es inevitable dado que el fundamento del poder policial y militar es el mismo: la capacidad de amenazar y usar la fuerza, letal si es necesario, para lograr los objetivos del Estado. Sería una tontería adoptar una posición o la otra. Sin embargo, el tono de cautela está justificado si tenemos en cuenta la importancia de lo que ha sido y debería ser un principio central de la policía democrática: esforzarse por mantener a la policía lo más a la izquierda posible en el continuo de la militarización.

Tanto si estas dos tendencias convergentes esbozadas—la militarización de la policía y la policialización del ejército—resultan

alarmantes para el lector como si son alentadoras, son reales. Nos encontramos en medio de una transformación histórica, que tanto los profesionales de la policía como los académicos deben reconocer y conocer. El intento de controlar el problema de la delincuencia mediante la realización rutinaria de redadas de operaciones especiales de la policía en las residencias privadas de las personas es una prueba fehaciente de que la policía de Estados Unidos, y los esfuerzos de control de la delincuencia en general, han avanzado considerablemente en el proceso de militarización. Además, la normalización de las UPP en el trabajo policial rutinario, en la función de patrulla y en las denominadas "campañas de imposición del orden", apunta a una militarización interna duradera que no parece que vaya a remitir en un futuro próximo.

Por supuesto, estos acontecimientos se produjeron antes de la tragedia del 11 de septiembre. Dos guerras recientes, y la crisis de seguridad en Irak, señalan el inicio de una nueva era de conflictos armados graves. La inquietante estabilidad que proporcionaba la Guerra Fría y el espectro de la Guerra de Vietnam han desaparecido. La actual guerra contra el terrorismo está acelerando drásticamente la borrosa distinción entre la policía y el ejército, entre la seguridad interior y exterior, y entre la guerra y la aplicación de la ley. Cualquier análisis académico amplio que se base en gran medida en estas demarcaciones tradicionales pronto parecerá fuera de lugar y obsoleto.

En medio de este perpetuo ambiente de guerra, creo que también es plausible suponer que los funcionarios del gobierno encargados de mantenernos a salvo del terrorismo, gravitarán más fácilmente hacia la ideología del militarismo—tanto para las amenazas a la seguridad interna como externa—a la hora de resolver problemas y administrar justicia. Procesar el control de la delincuencia, las drogas y el terrorismo

a través del filtro del militarismo hará, sin duda, más atractiva y probable una respuesta militarizada.

Un ejemplo conmovedor es la reciente catástrofe del huracán Katrina en Estados Unidos. La respuesta del gobierno a esta catástrofe fue muy diferente a la que ha sido lo habitual en los últimos 50 años. Símbolo del declive del paradigma del bienestar social y del ascenso de un modelo de gobierno militarizado que gira en torno a la delincuencia y la seguridad, el objetivo central del Departamento de Seguridad Nacional (y su recién subsumida Agencia Federal de Gestión de Emergencias) no era la ayuda humanitaria, sino una operación de seguridad masiva que incluía escuadrones paramilitares de la policía, soldados privados incorporados a Blackwater y la Guardia Nacional de Estados Unidos. Según todos los indicios, la fijación en el crimen y la inseguridad y el despliegue militarizado retrasaron y complicaron considerablemente el esfuerzo de ayuda humanitaria.

¿Qué impacto tendrá esto en el futuro de la militarización de la policía de Estados Unidos? Podría ser que la guerra contra el terrorismo justifique tanto la existencia de las UPP que éstas reduzcan sus funciones proactivas, volviendo a su estatus original: unidades reactivas que se entrenan principalmente para el raro incidente terrorista o con rehenes. Si bien acojo con beneplácito esta evolución, creo que seguiremos teniendo el problema de que la policía ordinaria—que opera en el contexto de una sociedad que pone un alto nivel de énfasis en el militarismo—se ve cada vez más seducida por las trampas de la subcultura paramilitar. El paramilitarismo podría influir aún más en lo que la policía ordinaria decide para los uniformes (por ejemplo, BDU militares), en su forma de pensar, en el armamento y la tecnología que emplean, en los modelos organizativos que adoptan (por ejemplo, COMPSTAT) y en las soluciones de control de la delincuencia que idean. El llamamiento del movimiento de reforma del PC a la democratización

puede verse cada vez más ahogado por los tambores de la militarización de alta tecnología.

Cualquiera que sea la trayectoria que tome el futuro, seguir el movimiento de la policía civil en el continuo de la militarización, y la medida en que los militares se involucren más en las funciones policiales, será cada vez más importante para nuestra comprensión del “mantenimiento del orden” en la sociedad contemporánea.

## REFERENCIAS

- Balko, Radley: "Overkill: The Rise of Paramilitary Police Raids in America", *White Paper published by the Cato Institute*, 2006.
- Christie, Nils: *Crime Control as Industry: Towards Gulags, Western Style*, Routledge: New York, 2000.
- Garland, David: *The Culture of Control: Crime and Social Order in Contemporary Society*, Chicago: University of Chicago Press, 2001.
- Deitch, Charlie: "Military Police", *Pittsburgh City Paper*, 2007, 1–3.
- DeMichelle, Matthew y Kraska, Peter: "Community Policing in Battle Garb: A Paradox or Coherent Strategy?", 2001.
- Dunlap, Charles J.: "The Thick Green Line: The Growing Involvement of Military Forces in Domestic Law Enforcement", en: Kraska (ed.): *Militarizing the American Criminal Justice System: The Changing Roles of the Armed Forces and the Police*, Boston, MA: Northeastern University Press, 2001.
- Dunn, Timothy J.: "Waging War on Immigrants at the U.S. Mexico Border: Human Rights Implications", en: Kraska (ed.): *Militarizing the American Criminal Justice System: The Changing Roles of the Armed Forces and the Police*, Boston, MA: Northeastern University Press, 2001, 65–81.
- Ericson, Richard y Carriere, Kevin: "The Fragmentation of Criminology", en: Nelken, D. (ed.): *The Futures of Criminology*, London: Sage, 1994.
- Fritz, Richard. D.: "Dean Death Investigation", *State's Attorney for St. Mary's County Investigate Report*, Maryland: Court House, Leonardtown, 2007.
- Giddens, Anthony: *The Nation-State and Violence*, Berkeley: University of California Press, 1985.

Haggerty, Kevin D. y Ericson, Richard V.: "The Military Technostructures of Policing", en: Kraska (ed.): *Militarizing the American Criminal Justice System: The Changing Roles of the Armed Forces and the Police*, Boston, MA: Northeastern University Press, 2001.

Jefferson, Tony: *The Case Against Paramilitary Policing*, Bristol, PA: Open University Press, 1990.

Klare, Michael: "Militarism: The Issues Today", en: Eide, A. y Thee, M. (eds.): *Problems of Contemporary Militarism*, New York: St. Martin's Press, 1980.

Kraska, Peter B.: "Militarizing the Drug War: A Sign of the Times", en: Kraska, Peter (ed.): *Altered States of Mind: Critical Observations of the Drug War*, New York: Garland Publishing, 1993.

Kraska, Peter B.: "The Police and Military in the Post-Cold War Era: Streamlining the State's Use of Force Entities in the Drug War", *Police Forum*, 4(1), 1994, 1–8.

Kraska, Peter B.: "Questioning the Militarization of U.S. Police: Critical Versus Advocacy Scholarship", *Policing and Society*, 9(2), 1999, 141–155.

Kraska, Peter B.: "Enjoying Militarism: Political and Personal Dilemmas in Studying Police Paramilitary Units", *Justice Quarterly*, 3, 1996, 13: 405–429.

Kraska, Peter B.: *Militarizing the American Criminal Justice System: The Changing Roles of the Armed Forces and the Police*, Boston, MA: Northeastern University Press, 2001.

Kraska, Peter B.: *Theorizing Criminal Justice: Eight Essential Orientations, Prospect Heights*, Illinois: Waveland Press, 2004.

Kraska, Peter B. y Cubellis, L. J.: "Militarizing Mayberry and Beyond: Making Sense of American Paramilitary Policing", *Justice Quarterly*, 14(4), 1997, 607–629.

Kraska, Peter B. y Kappeler, V. E.: "Militarizing American Police: The Rise and Normalization of Paramilitary Units", *Social Problems*, 44(1), 1997, 1–18.

Lutterbeck, D.: "Between Police and Military: The New Security Agenda and the Rise of Gendarmeries", *Cooperation and Conflict*, 39(1), 2004, 45–68.

Maguire, Edward R. y King William R.: "Trends in the Policing Industry", *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 593(1), 2004, 15–41.

McCulloch, Jude: "Blue Armies, Khaki Police and The Cavalry on the New American Frontier: Critical Criminology for the 21st Century", *Critical Criminology*, 12(3), 2004, 309–326.

O'Malley, Pat: "Volatile and Contradictory Punishment", *Theoretical Criminology*, 3(2), 1999, 175–196.

Pincus, Walter: "Pentagon Expanding Its Domestic Surveillance Activity", *Washington Post*, 11/27: A06, 2005.

Reiner, Robert: *The Politics of the Police*, Toronto: University of Toronto Press, 1992.

Sherry, Michael S.: *In the Shadow of War: The United States Since the 1930's*, New Haven: Yale University Press, 1995.

Tonry, Michael: *Thinking About Crime: Sense and Sensibility in American Penal Culture*, Oxford University Press New York, 2004.

Zimmerman, D.: "Between Minimum Force and Maximum Violence: Combatting Political Movements with Third-Force Options", *Connections: The Quarterly Journal*, 4(1), 2005, 43–60.